

*Sergio Silva G., ssc*

**¿Qué conocimientos vitales me han regalado mis años de estudiante y profesor de teología y que luego he tratado de compartir en mi tarea teológica y pastoral?**

(Celebración del reconocimiento como “Profesor emérito de la PUC” en la Facultad de Teología, miércoles 7 de agosto de 2024)

**Agradecimientos**

Quiero agradecer muy profundamente la vida que me ha tocado vivir, y como detrás de todo está Dios, mi agradecimiento va a Él. Cuando yo entré a la congregación en marzo del 60, se inició un camino que me fue llevando a esta comarca de la teología. Es un conjunto de hermosísimos paisajes. Poco a poco me hice ciudadano del país de la teología, ahora me siento de esa tierra. Agradezco profundamente a los formadores, a los profesores, y más tarde aquí en la facultad, a los colegas, a los alumnos, y también al personal administrativo, de la biblioteca y de servicio, porque sin el trabajo abnegado y cotidiano de ellas, es insostenible la tarea de la facultad.

Gratitud, ante todo, gratitud es lo que siento. Y en la base, como el cimiento de la casa que es mi vida, hay dos familias que me sostienen con su afecto y su compañía: la congregación y mi familia de sangre.

Cuando me invitaron de la Facultad a hacer una “lección magistral”, se me ocurrió responder la siguiente pregunta: ¿Qué conocimientos vitales me han regalado mis años de estudiante y profesor de teología y que luego he tratado de compartir en mi tarea teológica y pastoral?

**1. Introducción**

A lo largo de la vida creo que todos vamos adquiriendo muchos conocimientos. Pero no todos nos impactan con un mismo nivel de intensidad y profundidad. John Henry Newman (1801-1890) hace una distinción, que me parece iluminadora, entre conocimiento (en rigor: “aprehensión”) nocional y conocimiento real. El primero es un conocimiento abstracto, de ideas, conceptos y nociones; el conocimiento real, en cambio, es el que surge del encuentro real de una persona concreta con un objeto -persona o cosa- concreto. El conocimiento nocional, si no se convierte en real, se queda en la cabeza, almacenado en algún archivo de esa especie de computador que tenemos en nuestro cerebro. En cambio, lo que he conocido de manera real entra en todo mi ser, me impregna por completo, se hace carne de mi carne, no necesariamente al primer encuentro, sino habitualmente en un proceso que puede abarcar toda la vida e ir enriqueciendo cada vez más. En esta charla me voy a referir a algunos de los principales conocimientos de este tipo que me han regalado los muchos años de vida de fe y de estudio y enseñanza de la teología. Algunos son de orden más teológico, pero con hondas repercusiones espirituales; otros, en cambio, son más espirituales, pero también tienen repercusiones teológicas profundas.

**2. 1961**

En 1961 empecé los estudios de filosofía y teología en el Escolasticado de nuestra congregación en Los Perales, Quilpué (Vª región). Ese año fue clave para mi futuro. Dos cursos me impactaron muy profundamente.

**a) Los evangelios sinópticos**

El profesor, que varios de los aquí presentes conocimos, fue mi hermano de congregación Beltrán Villegas. La parte del curso que quiero destacar fue una larga presentación de la proclamación del Reinado de Dios que hacía Jesús en su ministerio público. Me abrió la puerta para entrar en contacto cada vez más real e intenso con la persona de Jesús de Nazaret tal como la presentan los evangelios. Dejé de ser el Hijo de Dios y Salvador abstracto de la catequesis recibida en mi infancia y se convirtió

en un ser humano vivo y real. El Reinado escatológico de Dios que proclamaba y que se hacía presente en sus acciones y en su misma persona, dejó de ser un compendio de verdades y de normas morales y se fue transformando en una aventura histórica que se desarrollaba entre Dios y nosotros y cuya meta era escatológica, porque era la irrupción definitiva de Dios como Rey en la humanidad para realizar Su designio de dar vida plena a todas Sus creaturas; una meta que se realizaría en plenitud al fin de los tiempos, pero que ya se estaba iniciando en el tiempo de Jesús y de sus seguidores, los contemporáneos y los futuros.

Este primer encuentro real consciente con Jesús se potenció posteriormente, a partir de 1974, por una jornada sobre los relatos de la pasión de Jesús, en que proponía a los participantes leer esos relatos buscando respuesta a la pregunta por qué murió Jesús. Esta jornada, repetida en múltiples oportunidades, empezó como parte de un ciclo de formación cristiana de jóvenes líderes obreros, luego la hice también con adultos del mundo campesino y con jóvenes universitarios; más tarde se convirtió en un curso anual de formación para los postulantes de la congregación y en un curso de formación general para alumnos de diversas carreras de esta Universidad, hasta que terminó como un libro en 4 volúmenes. Han sido casi 50 años de permanente lectura y relectura de los evangelios, que han enriquecido mi vida personal de relación con Jesús, mi enseñanza en la Facultad de Teología y mis tareas más directamente pastorales como charlas de formación, retiros y homilías. Poco a poco, el saber nocional sobre lo central que debe ser la Palabra de Dios en la teología, en la predicación y en toda la vida de la iglesia, se convirtió en una certeza real. Somos seguidores de Jesús, que es la Palabra de Dios encarnada en un hermano nuestro, y al que encontramos en muchos lugares, pero el fundamental, que nos da los criterios para reconocer su multiforme presencia, es la Palabra escrita de Dios que nos llega en la Biblia.

#### b) Teoría del conocimiento

Si el curso sobre los Sinópticos fue un gozo de comienzo a fin, el de Teoría del conocimiento fue una agotadora y sufrida lucha cuerpo a cuerpo desde la primera clase. El curso consistió en una lectura del libro *La fenomenología de la percepción* de Maurice Merleau-Ponty. El autor, en cada página, iba derribando mis certezas sobre el conocimiento, que estaban moldeadas (o “formateadas”, podríamos decir hoy) por mis 4 años previos de estudios de Ingeniería civil en la UC. Recuerdo que de marzo hasta setiembre (los cursos en esos años eran anuales) sufrí con el ataque permanente a mis seguridades y luché denodadamente por defenderlas. Hasta que vi la luz. Fue mi primer contacto con la hermenéutica, el arte de comprender, que se mueve en un plano muy distinto del conocer exacto de las matemáticas y de las ciencias duras, en las que yo había habitado -como pez en el agua, debo reconocer- hasta poco antes. Porque lo que se trata de comprender es el ser humano y sus obras en la historia, y esa comprensión está mediada por un doble horizonte, el de la persona que intenta comprender -constituido por la cultura en que cada persona se ha criado y se ha movido y mueve, y por las experiencias que ha vivido y vive- y el de la obra o persona que quiere comprender.

Este primer encuentro con el fenómeno real de la comprensión se reforzó más tarde y se enriqueció de muchas maneras. De partida, algunos instrumentos de lingüística que utilicé en mi tesis doctoral en Alemania y que ya se estaban utilizando en la exégesis bíblica de los años 70. En segundo lugar, tuve que tomar durante algunos años el curso de Teoría del Conocimiento teológico en la Facultad, lo que me permitió profundizar mi conocimiento de la hermenéutica contemporánea. Una tercera fuente de mi encuentro con la hermenéutica fue el estudio de la sociología del conocimiento, al retomar los estudios de ingeniería.

Los largos años de permanente lectura de los evangelios con este instrumental hermenéutico me llevaron a la constatación del enorme peso que tiene en la comprensión habitual de los textos la interpretación recibida o dominante en cada época. Porque los métodos lingüísticos que yo aprendí

tienen un cierto efecto objetivador, en el sentido que te obligan a que, como lector, no dejes nada del texto sin incorporar en tu esfuerzo por comprenderlo. Al hacer ese esfuerzo, descubrí en varios casos que la interpretación habitual era muy parcial, porque no integraba todos los matices del texto. Pongo un ejemplo, la parábola de los talentos. Es muy probable que todos pensemos espontáneamente que esos “talentos” que reciben los empleados son las cualidades personales que cada uno tiene por nacimiento y formación y que debe cultivar, porque algún día Dios le pedirá cuentas de cómo las ha empleado. Esta interpretación debe haberse hecho común tan al inicio del cristianismo, que se borró por completo de la conciencia eclesial que “talento” es una “moneda de cuenta de los griegos y los romanos” (Diccionario de la RAE). Una lectura menos prejuiciada gracias al instrumental lingüístico me ha hecho ver que hay otra interpretación posible, que la creo más exacta, porque toma en serio tanto el sentido original del “talento” como la trama de la acción narrada en la parábola. La diferencia entre los dos primeros empleados (que trabajaron con el dinero recibido y lo devolvieron con las ganancias) y el tercero (que lo enterró y lo devolvió intacto) es que este último siguió con su vida de costumbre, no dejó que el dinero recibido del patrón perturbara su vida, no lo hizo suyo, mientras que los dos primeros dejaron que el encargo del patrón les cambiara la vida, hicieron suyo lo que el patrón les encomendó. Por lo tanto, a mi juicio, la parábola implica la vida entera de la persona, no solo sus “talentos”: Dios quiere que nuestra vida - que es toda entera regalo suyo, encargo que Él nos ha hecho- la vivamos toda con Él, haciendo nuestro lo Suo, y no “a nuestra pinta”, como si Él no existiera. De una interpretación moralista, pasamos a una interpretación existencial, más amplia.

### 3. 1970-1972

Contra mi voluntad, por razones económicas, tuve que tomar como tema de mi doctorado el proceso de la “Revolución en libertad” bajo el gobierno de Eduardo Frei Montalva en Chile (1964-1970). Estudiando los textos políticos chilenos entre 1962 y 1970 descubrí que yo había vivido de espaldas a la vida de los pobres de mi pueblo, que no conocía sus luchas. Y me sentí mal. Por otro lado, leyendo los textos teológicos latinoamericanos donde busqué respuesta a los desafíos que planteaba la situación política de esos años, descubrí la opción de Dios por los pobres, que desde entonces he querido hacer mía hasta donde me ha sido posible.

Por esos descubrimientos, al regresar a Chile en diciembre de 1972, manifesté al provincial mi deseo de vivir en la población Joao Goulart de La Granja, donde la congregación tenía la parroquia San Pedro y San Pablo; ahí viví hasta que a comienzos de 1976 me pidieron que colaborara en la formación de nuestros estudiantes. Pero mantuve la celebración de la eucaristía dominical en esa parroquia. Ese contacto con comunidades de base muy vivas me ha servido de “cable a tierra”, porque me ha mantenido en contacto relativamente cercano con las dificultades de la vida real de los pobres, con su admirable fe y con manifestaciones de amor llevado al extremo, aunque con la inevitable mezcla de pecado que nos acompañará a todos hasta la muerte.

### 4. 1974-1977

Con la idea de echar raíces humanas en la población, en la comunidad decidimos que terminara los estudios de ingeniería civil, que había hecho durante 4 años al término del colegio (1956-1959), con la idea de prestar servicios en el Liceo de la comuna como profesor de matemáticas y física. Como ya estaba de profesor de medio tiempo en la Facultad de Teología, los dos años que me faltaban los completé en 6 semestres: ingresé cuando ya no estaba en la población y no tenía ninguna posibilidad de hacerme un tiempo para dar clases en el Liceo! Pero este estudio me abrió un campo nuevo con dos vertientes íntimamente vinculadas, porque en el programa se combinaban la ingeniería de sistemas con la sociología de organizaciones.

a) Por un lado, en los cursos de teoría sociológica y de sociología de las organizaciones tuve que estudiar a los grandes antropólogos culturales que crearon la disciplina y también a los sociólogos del conocimiento. Ellos me ayudaron a ver con claridad que el ser humano está profundamente condicionado por la cultura de su primera socialización –la que recibe en el seno de su familia y en sus primeros años de escuela–, pero también por las culturas plurales de las posteriores socializaciones “secundarias”, que le vienen de los diversos grupos en los que participa. Por eso, el conocimiento de la realidad está condicionado por nuestros horizontes culturales, por lo que toda afirmación –también las de la fe, la teología, el dogma– es relativa a esos horizontes. Pero siempre nos acecha el riesgo de identificar mi limitado conocimiento de la realidad con la realidad misma.

b) Por otro lado, los cursos de ingeniería me introdujeron en algunos temas de la técnica de la producción y la organización que se ha ido haciendo cada vez más científica, lo que ha aumentado enormemente su exactitud y el poder que logra sobre los procesos que va controlando. De ahí que se vaya extendiendo el uso del término “tecnociencia” para designarla. La tecnociencia, a través de la industria y el poder político, se ha puesto al servicio de la voluntad ilimitada de poder del hombre y de su deseo de placeres inmediatos, sin hacerse la pregunta por su finalidad, por su posible servicio a la humanización, y ha ido dando forma al mundo actual que, a su vez, va dando forma a las personas individuales. En la sociedad actual hay lo que podemos llamar una “antropología materializada” que ha cristalizado en el entorno en que vivimos, en la compleja red, cada vez más tupida, de aparatos que nos envuelven y de los que dependemos más y más. Se trata de aparatos que nos seducen por su poder, su exactitud, su versatilidad. Y que nos “divierten”, en el sentido de Pascal, es decir, nos vierten hacia fuera de nuestro propio centro personal -lo que la Biblia llama el “corazón”- y nos dificultan llegar a él. Actualmente estoy dedicado casi por entero al estudio de la reflexión sobre la tecnociencia en el siglo XX hecha en la perspectiva de la fe cristiana.

#### 5. De 1980 en adelante: el curso de Teología Fundamental

De este curso puedo destacar dos de los muchos conocimientos vitales que me ha regalado.

##### a) Dios es Amor y Él nos amó primero

Uno de los temas centrales de este curso es el de la fe. Eso me hizo ir profundizando año a año en su sentido. La fe, como dice hermosamente el Concilio Vaticano II es un acto del ser humano por el cual se entrega por entero, libremente, a Dios (DV 5). Esta entrega es la respuesta del ser humano a la siempre primera entrega de Dios a él, porque el amor, como dice Juan en su primera carta, no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó primero y nos envió a su Hijo (1Jn 4,10); porque Dios es Amor (1Jn 4,8,16). De ahí que la fe auténtica sea un encuentro del creyente con Dios en la persona de Jesús. Si falta este encuentro o es débil, la fe se reduce a una mera cáscara exterior, de ritos y creencias, asimilados quizá como parte de la cultura en la que uno se ha criado, pero no transforma la vida de verdad. Para que surja la fe, se requiere entonces al menos dos cosas fundamentales en el ser humano: la libertad y la capacidad de tomarse a sí mismo por entero para darse. Esto supone que la persona tome contacto con su “corazón” en el sentido bíblico, con su “profunda interior raíz” como dice mi hermano Esteban Gumucio en su poema “Sigo a un hombre llamado Jesús”: “Sigo a un hombre que me cogió por el centro de la vida, por mi profunda interior raíz, por lo mejor de mí mismo”<sup>1</sup>.

Podría decir que, hasta ahí, he hablado del conocimiento nocional de la fe. Pero en algún momento tomé conciencia muy intensa de que había en mí algo que dificultaba que ese conocimiento se hiciera real, ese algo era mi dificultad para dejarme amar gratuitamente. El detonante fue una

---

<sup>1</sup> Esteban Gumucio ss.cc., Poemas. Santiago, Fundación Coudrin, 2005, 24.

experiencia muy simple con un sobrino que tenía unos 10 meses de edad, con el que yo gozaba jugando. Un domingo, cuando él dormía su siesta, fui a esperar a que despertara. Me senté en una cama frente al corralito donde dormía sobre su colchón. Cuando despertó, me vio, se puso de pie apoyándose en los barrotes del corral y me regaló una sonrisa preciosa. ¡Pero yo miré hacia la pared detrás de mí, buscando a qué “monito” le estaba sonriendo! Ese regalo gratuito no podía ser para mí.

Por eso, me parece crucial acentuar que el amor de Dios no pone condiciones previas, que se regala libremente porque es incondicional. Por lo tanto, que es un amor que no se puede “comprar”, que no es nunca la respuesta de Dios a nuestros méritos. Ése fue el gran descubrimiento de Pablo de Tarso, que lo liberó para siempre de su desesperada búsqueda de una justicia propia. Mi experiencia personal me muestra que esto es más fácil de decir que de vivir de verdad. Desde niños hemos sido educados en la postura contraria. ¡Cuántas mamás (y papás) no le dicen a sus hijos: “si te portas mal, no te quiero”, “si no te portas bien no te quiero”! ¡Y cuántos no extienden esto mismo a Dios: “si te portas mal, Dios te va a castigar”! En la educación formal lo que se valora son los logros personales, medibles con notas, y pasan muy a segundo plano los valores de la solidaridad, de la amistad gratuita, que están presentes, a veces, en el premio al mejor compañero/a.

#### b) La SE como centro de la vida de la fe y de la teología

Creo que ningún teólogo niega que la Escritura, en cuanto es la Palabra de Dios escrita, debe ocupar un puesto central en la teología y en toda la vida de la iglesia. Sin embargo, es claro que no hay acuerdo en cómo debe “usarse” al hacer y enseñar teología ni al leerla para dejarse guiar por ella en la vida de fe; es decir, no hay acuerdo en cómo se logra una comprensión teológica ni espiritual de la Escritura.

Para limitarme a la teología, en los Tiempos modernos me parece distinguir tres aproximaciones principales a la comprensión teológica de la Escritura. 1) A partir del concilio de Trento y su lucha con el protestantismo y en los siglos siguientes por la lucha de la iglesia con el racionalismo, se puso la SE al servicio de una teología que había convertido el pensamiento vivo de Tomás de Aquino en un conjunto de tesis fijas que había que aprender y seguir comunicando; el papel de la SE era proveer de textos que servían para probar estas tesis. 2) Los éxitos indiscutibles de la ciencia histórica nacida en los siglos XVII y XVIII movieron a muchos biblistas, sobre todo en las iglesias donde reinaba el protestantismo liberal, a aplicar sus métodos al estudio de la SE, con la idea de reconstruir la historia de Israel y la de Jesús con la comunidad apostólica. Se originó así una intensa búsqueda del que se llamó el “Jesús histórico”, de sus palabras y hechos auténticos. Uno de los supuestos de esta búsqueda era que los evangelios distorsionaban la realidad de Jesús en función de sus intereses catequísticos y de su aceptación de los rasgos sobrenaturales de Jesús, presentes en los milagros y en las pretensiones de filiación divina. 3) En parte como reacción polémica, en la teología católica se acentuó una aproximación basada, más que en el texto bíblico, en los dogmas cristológico-trinitarios de los primeros siglos del cristianismo. Esa figura de Jesús fue denominada el “Cristo de la fe”.

La primera aproximación desconoce la prioridad de la Escritura al poner la Palabra de Dios que ella transmite al servicio de un determinado sistema teológico. Pienso que las otras dos aproximaciones también yerran, porque en cierto sentido intentan suplantar el Jesús de los evangelios, sea por el Jesús de la historia, sea por el Cristo de la fe. Me pregunto si en la base de estas suplantaciones no se encuentra el mismo deseo de sustraer la comprensión de la figura de Jesús al flujo de la historia, para evitar la inestabilidad y la incertidumbre que supone el esfuerzo de comprender esa figura, un esfuerzo que debe ser reemprendido en cada generación y en cada época de la vida personal, de la Iglesia y de la humanidad. Sería el esfuerzo por “fijar” una imagen definitiva de Jesús; sea llegando

a las palabras mismas dichas por Jesús y a sus hechos mismos, sea exponiendo un conjunto de verdades que constituirían la auténtica identidad de Jesús.

Creo que ambos intentos están destinados al fracaso. El de los historiadores, porque no se puede reconstruir con exactitud ninguna historia humana, dado que toda reconstrucción depende del horizonte de comprensión de quien se acerca a esa historia. El de los dogmáticos, porque las fórmulas de la fe no tienen sentido en sí mismas como si fueran cosas invariables, sino que están destinadas a ser comprendidas por los creyentes, lo que implica el proceso hermenéutico de interpretación, y en esa interpretación el acto del creyente no se detiene en las fórmulas sino que llega a la realidad misma de Dios a la que apunta la formulación.

A esto se añade un hecho decisivo. Para los evangelios, la comprensión de ese Jesús que la comunidad apostólica conoció por experiencia es de estructura pascual. De hecho, los Evangelios dan cuenta de que, durante el ministerio de Jesús, los discípulos no siempre comprendían las acciones ni las palabras de Jesús, menos aun su identidad profunda; tampoco lo comprendían sus adversarios. Era preciso que Jesús muriera, para en cierto sentido hacer morir el horizonte inadecuado de comprensión de sus contemporáneos, y resucitara y diera el Espíritu, porque solo así se podían crear en los discípulos las condiciones para una comprensión cabal de Jesús. A la luz de esta estructura pascual, el “Jesús histórico” no llega al fondo de Jesús, porque se interesa por lo que dijo e hizo el Jesús prepascual. Y, probablemente, tampoco el “Cristo de la fe”, porque, en la práctica sus defensores tienden a absorber la humanidad de Jesús en su divinidad, a pesar del dogma de Calcedonia que reconoce que Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre. De ahí mi convicción de que, para que la Escritura sea el alma de la teología, el centro del trabajo teológico ha de ser la comprensión siempre renovada del “Jesús de los Evangelios”, aprovechando todos los instrumentos de lectura y comprensión y de conocimiento de la historia que nos dan las ciencias contemporáneas y la filosofía.

##### 5. Mi (¿nuestra?) vida está marcada por casualidades (¿providenciales?)

Desde donde estoy, miro retrospectivamente mi vida y veo que ha sido guiada fundamentalmente no por mis proyectos y deseos, sino por diversos obstáculos puestos por personas y acontecimientos, a la vez que por puertas que se me han abierto sin que yo golpeará en ellas. No me atrevo a calificar estos hechos casuales como “providenciales”, por un escrúpulo teológico y de fe; porque, de darles ese carácter, estaría atribuyéndome un conocimiento de los designios de Dios y de sus acciones respecto de mí que me supera por completo; sería, a mi juicio, la desmesura de pensar que tengo a Dios “en el bolsillo”. Porque a Dios no lo vemos de frente, cuando está actuando en nuestra vida, sino de espaldas, una vez que ha actuado, es decir, una vez que se ha producido en nuestra existencia algo nuevo, que interpretamos como obra suya. Lo que sí puedo hacer, y de hecho hago, es acoger estas casualidades con gratitud a Dios y apostar a que son obra suya, lo que me invita a no deprimirme por los caminos que se me cierran y a entrar confiadamente en los que se me abren, aunque al mismo tiempo con “temor y temblor” de estar equivocándome. Hago un breve recuento de algunos de estos momentos que fueron importantes en mi vida.

a) En mi infancia y adolescencia me tocó vivir una serie de descubrimientos que me entusiasmaron, pero que encontraron un obstáculo en mi mamá. Primero fue la pintura y el dibujo; luego la literatura, que me despertó el deseo de estudiar Castellano, pero cuando lo planteé una noche durante la comida familiar, mi mamá me dijo: “usted estudia leyes, medicina, ingeniería o agronomía”, y entré a Ingeniería civil en la Universidad Católica y debo reconocer que gocé con las matemáticas y que encontré algunos de mis mejores amigos; luego vino la música barroca y, finalmente la vocación religiosa, que provocó el llanto cotidiano de mi mamá, pero ahí resistí.

b) A fines de mi 2° año de Ingeniería un profesor llamó a mi papá a para decirle que, a su juicio, yo debería dedicarme a la tarea académica. Luego de una entrevista con el Rector de la U de Chile, a la que me llevó mi papá, que era conocido suyo, quedé con la tarea de aprender alemán, lo que, una vez terminados los estudios de teología en Santiago, me abrió la posibilidad de hacer el doctorado en Alemania.

c) Una vez allá, hubo un conjunto de casualidades que me llevaron por un camino que, finalmente, fue un proceso de apertura a lo sociopolítico, a los pobres, a la teología de la liberación y a la semántica estructural, que no busqué y que, si me hubiesen preguntado, habría dicho que no me interesaba buscar.

d) Me salto lo vivido en el tiempo de mi tarea en la Facultad. Entrando en la vejez, a fines de 2011 el nuevo provincial me dice que me dedique a escribir, lo que me llenó de gozo; pero el mismo provincial en mayo de 2016 me pide que me vaya a Roma a colaborar en el proceso de canonización de nuestro hermano Esteban Gumucio ssc, fallecido en 2001. Aunque mi aceptación fue un poco a regañadientes, porque habría preferido seguir dedicado enteramente a escribir, el trabajo con los testimonios sobre Esteban, con sus escritos y con su vida, me ha significado un enriquecimiento espiritual inmenso y me ha permitido desde entonces compartir con muchos grupos algo de la riqueza de Esteban.

#### 6. ¿Qué concluir?

Si miro el conjunto de mi vida, que ha transcurrido principalmente en el océano que es la teología, puedo sintetizarla de dos maneras, según las dos formas de conocimiento que reconoció Newman y que recordaba al inicio.

a) Una mirada más abstracta y conceptual me muestra que el rumbo que ha ido tomando mi vida se ha dado en la combinación de dos fuerzas. Por un lado, una cierta flexibilidad a lo que me ha llegado desde fuera, sea como obstáculo, sea como invitación; pero en ambos casos estas irrupciones casuales me han enriquecido como si hubiese encontrado un tesoro sin andar buscándolo. Por otro lado, la segunda fuerza que percibo es una cuota interior de perseverancia (a ratos, quizá, obsesiva) en las vías que he sentido que debía recorrer, entre las que ocupan el primer lugar los temas de la comprensión o hermenéutica, de la tecnociencia y de los evangelios. Ambas fuerzas pueden provenir de Dios, aunque en mi recepción libre y activa inevitablemente se da también la resistencia y el pecado. Mi vida se me aparece como un árbol de invierno, despojado de sus hojas: el tronco es el camino que me ha llevado hasta donde estoy ahora, pero las ramas laterales son los caminos que intenté, pero que no eran los definitivos; no fueron pérdida de tiempo, de cada uno traje algo importante para el tronco.

b) La mirada más personal recoge un conocimiento vivo, que me parece ver reflejado en un texto del Sirácida (Eclesiástico), que desde hace algún tiempo me vuelve a menudo sea en la reflexión, sea en la oración, que se me han ido convirtiendo casi en una misma cosa. Dice el autor: la Sabiduría “vino a mí tan bella, que hasta lo último la procuraré (...). Me propuse gozar, ansioso de placer, y no cederé; la deseé ardientemente y no me retiraré” (Si 51,14 y 18-19)<sup>2</sup>. Este texto lo traduzco a mi relación con Dios: me he ido enamorando cada vez más de la Sabiduría de Dios, que es su Hijo,

---

<sup>2</sup> La traducción es de Luis Alonso Schökel sobre el texto hebreo encontrado en Qumrán; el anterior era un retrotraducción al hebreo hecha desde el siríaco.

encarnado en Jesús de Nazaret. Y mi placer se ha ido convirtiendo en comunicar y compartir con otros lo que voy descubriendo de él.